Diálogo Ecuménico t. LI, nn. 159-160-161 (2016) 445-472

RASGOS DE LA ESPIRITUALIDAD ECUMÉNICA COMO CAMINO HACIA LA SANTIDAD

1. Necesidad de un camino espiritual en el ecumenismo actual

El camino de los cristianos hacia una unidad eclesial *plena y visible* es hoy uno de los signos de los tiempos más apremiantes del cristianismo, dividido en grandes grupos confesionales a lo largo de la historia. El camino ecuménico, sendero fatigoso y a veces tortuoso, sin duda crece en intensidad y está vivo en muchos ámbitos y estratos de la vida de las Iglesias de todo el mundo. Pero este camino no es de ayer, tiene sus raíces en la vida de las diversas Iglesias desde hace más de un siglo. Precisamente por eso, se ha hecho presente de forma universal, y por ello no se pueden generalizar soluciones únicas a la hora de buscar cómo continuar su progreso. Hay situaciones de división y de unidad muy diversas, dependiendo de zonas geográficas, ámbitos culturales e Iglesias locales. En este ámbito, en los últimos años, cada vez son más los analistas cualificados que ven en el así llamado «ecumenismo espiritual» uno de los medios más eficaces y comúnmente compartidos que pueden ayudar a la consecución del fin que se persigue y en el desbloqueo de situaciones que, hoy por hoy, parecen estancadas.

A este propósito ha afirmado el cardenal Walter Kasper: «Muchos son del parecer que, si no vuelve a sus raíces, el compromiso ecuménico corre el riego de perder la inspira-

Universidad Pontificia de Salamanca

ción y la esperanza, de acomodar su paso a nuestros límites humanos»[1]. Y añade: «En último término, el ecumenismo y la unidad son un acontecimiento espiritual. Allí donde se logra un consenso ecuménico, este consenso será experimentado como un don espiritual y un nuevo Pentecostés»[2]. Puesto que esto es así, hoy son muchos, a comenzar por el Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos en Roma, los que ven en el esfuerzo de renovación y de santidad que aporta el camino ecuménico una oportunidad del presente para la reforma y purificación de la misma Iglesia, condición sin la cual no llegará la unidad de los cristianos.

Sobre esta importante cuestión queremos recordar aquí algunas ideas del papa emérito Benedicto XVI que confirman esta intuición. Según él, en un escrito publicado con motivo de su setenta y cinco cumpleaños, cuando se ven las razones teológicas y de fe que dividen a las diversas Confesiones cristianas, una de las cuestiones más difíciles de superar es que cada Iglesia está convencida de no defender sus propias ideas, sino que toma partido por la Revelación de Dios, cosa que es, por tanto, inmanipulable e innegociable. Los textos de consenso que se elaboran para acercar posturas reclaman entonces una exigencia muy alta. En palabras de J. Ratzinger: «cada uno es reclamado en lo más íntimo de su conciencia. Cada uno tiene que inclinarse ante lo que no quiere: por una parte ante lo que él mismo confiesa como Palabra de Dios; por otra, tiene que respetar al mismo tiempo la conciencia del otro, lo que su fe no puede aprobar»[3]. En el diálogo doctrinal de los últimos años, las Iglesias están experimentando cada vez con más fuerza que esto es mucho más que una discusión teórica o filosófica. Se trata de llegar a la comunidad de fe, y aquí o se deja entrar a Dios o las cosas no avanzan. El ecumenismo, en el fondo, entra en el terreno del «don» de

1 W. Kasper, *Ecumenismo espiritual. Una guía práctica*, Clie-evd, Viladecavalls (Barcelona)-Estella (Navarra) 2007, 9.

2 W. Kasper, *op. cit.*, 122.

3 J. Ratzinger, *Weg Gemeinschaft des Glaubens. Kirche als Communio*. (Festgabe zum 75. Geburtstag), herausgegeben vom Schülerkreis. Redaktion: Stephan Otto Horn und Vinzens Pfnür, Sankt Ulrich Velag, Ausgburg 2002, 223. Versión española: *Convocados en el camino de la fe. La Iglesia como comunión*, Cristiandad, Madrid 2004. Citamos por el texto en alemán.

Universidad Pontificia de Salamanca

Dios, y de ahí que su avance dependa del dinamismo espiritual de conversión que se pone en juego en él.

Esta convicción llevó al entonces cardenal Ratzinger a opinar que nos hemos excedido cuando hemos pensado que los diálogos teológicos iban a solucionar en breve tiempo el problema de la unidad. Es ilusorio pensar que la unidad llegará sólo mediante el diálogo teológico o por poner unos plazos determinados. A veces se ha sustituido la teología por política y el diálogo de la fe por la diplomacia. Y esto, a su modo de ver, ha sido como querer hacer por nosotros lo que sólo Dios puede hacer. En cambio él ve que nuestra tarea actual para proseguir en el camino de la unidad es una actitud más bien de hallar en la búsqueda, de seguir caminando juntos como la mejor forma de ser cristiano en camino hacia lo eterno; buscar la unidad junto a los otros y aceptarnos en nuestra provisionalidad como una forma de afirmación de lo inabarcable del misterio de Dios.

Según Ratzinger, en los momentos en que ahora estamos, nuestro deber es cuidar que no se pierda nada de la unidad conseguida, pero también debemos entrar en el centro de la espiritualidad ecuménica, y dejar claro «que la Iglesia no la hacemos nosotros mismos, sino que es formada por ÉL, en la Palabra y el sacramento, y que solo lo suyo permanece»[4]. Para conseguir esta forma de diálogo, hay que estar dispuesto a la conversión, que incluye *la reforma de la Iglesia*, para librarse de toda forma institucional que impida ver lo esencial del Evangelio en su extensión y grandeza, dejando luego libertad para toda clase de realizaciones comunitarias concretas que debemos aceptar con corazón generoso.

Naturalmente, todo esto tiene que ver directamente con la espiritualidad ecuménica, puesto que ella nos da las energías que son necesarias para superar obstáculos que ahora parecen insuperables. Así, J. Ratzinger propone en el escrito antes aludido: «deberíamos someternos constantemente a la medida del amor a Dios y al prójimo, y a partir de ella tratar de salir al paso de los grandes retos de nuestro tiempo. Será demasiado tarde si sólo buscamos fuerzas para la reconcilia-

4 *Ibidem*., 231-232.

Universidad Pontificia de Salamanca

ción en el momento del conflicto»[5]. Es entonces necesario que estas fuerzas para la reconciliación se forjen en la oración y la conversión interior, para que cuando lleguen los problemas, actúen como fuerzas salvadoras. Según estas ideas, concluimos que el camino actual hacia la unidad está pidiendo un giro al interior, a las fuentes de la santidad evangélica.

En noviembre de 2007, el cardenal W. Kasper, que sin duda es alguien de la más alta competencia, hacía un balance de la situación actual del ecumenismo cristiano ante el papa Benedicto y todo el colegio cardenalicio reunido en Roma. En su intervención hizo algunas alusiones que nos parecen significativas sobre la necesidad de volver a fundamentar el progreso de la unidad en el ecumenismo espiritual.

Cuando en su análisis general de la situación ecuménica llega al balance del diálogo con el protestantismo, el de las así llamadas *Iglesias libres*, dice lo siguiente:

> «El tema del pluralismo me lleva a la tercera oleada de la historia del cristianismo, es decir, la difusión de los grupos carismáticos y pentecostales, los cuales, con cerca de cuatrocientos millones de fieles en todo el mundo, ocupan el segundo lugar entre las comunidades cristianas, desde el punto de vista numérico, y experimentan un crecimiento exponencial. Sin una estructura común y sin un órgano central, son muy diversos entre sí. Se consideran como el fruto de un nuevo Pentecostés; en consecuencia, el bautismo del Espíritu desempeña para ellos un papel fundamental. Refiriéndose a ellos, el papa Juan Pablo II afirmó que este fenómeno no debe considerarse sólo de modo negativo, pues, más allá de los innegables problemas, testimonia el deseo de una experiencia espiritual»[6].

A la luz de esta verdad nos preguntamos, ¿no es la espiritualidad ecuménica, centrada en la reconciliación, en la reforma personal e institucional, en la conversión interior y la purificación del corazón que busca la autenticidad de la fe cristiana, uno de los medios privilegiados por los que hoy Dios está llamando a todas las Iglesias a dar cauce a ese deseo de espiritualidad que se manifiesta por doquier? Para

5 *Ibidem*, 232.

6 Walter Kasper, *Informe al papa y los cardenales sobre la situación ecuménica actual*, 23 de noviembre de 2007, punto 4. Texto en español: *Vida religiosa* vol. 105, n. 1 (2008) 4-11.

Universidad Pontificia de Salamanca

Walter Kasper es claro que la respuesta a esta pregunta es afirmativa, y por eso en su discurso continuó diciendo:

> «En el diálogo fundamentado en el intercambio espiritual, el diálogo teológico desempeñará también en el futuro un papel esencial. Sin embargo, sólo será fecundo si está sostenido por un ecumenismo de la oración, de la conversión del corazón y de la santificación personal. En efecto, el ecumenismo espiritual es el alma misma del movimiento ecuménico (cf. *Unitatis redintegratio*, 8; *Ut unum sint*, 21-27) y a nosotros nos toca promoverlo en primer lugar. Sin una verdadera espiritualidad de comunión, que permite dejar espacio al otro sin renunciar a la propia identidad, todos nuestros esfuerzos desembocarían en un árido y vacío activismo»[7].

Por consiguiente, veamos más de cerca qué es lo que podemos llamar «ecumenismo espiritual» y qué características propias tiene dicha espiritualidad como forma de vivir la fe, una forma de contemplar el misterio eclesial que está llamando a los creyentes a un camino de santidad, y que se percibe como necesario y urgente en nuestra actual situación[8].

2. Rasgos esenciales del «ecumenismo espiritual»

Desde que lo afirmase el Vaticano II, son muchos los aspectos y niveles de realización que conducen hacia la meta de la unidad plena y visible de la única Iglesia de Cristo. Pero de entre ellos, el que ostenta la primacía sobre los demás es el llamado «ecumenismo espiritual», porque abarca las actitudes fundamentales que se requieren tanto en los cristianos individuales como en los cuerpos institucionales eclesiales para la unión. Según *Unitatis Redintegratio* 8 las actitudes pueden describirse así: «*Esta conversión del corazón y santidad de vida, juntamente con las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, han de considerarse como el*

7 *Ibidem*, punto 5.

8 Cf. S. Spinsanti, «Ecumenismo espiritual», en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, San Pablo, Madrid 1983, 392-406; Max Thurian, «Ecumenismo», en *Diccionario de Mística*, S. Pablo, Madrid 2002, 591-596.

Universidad Pontificia de Salamanca

alma de todo el movimiento ecuménico y con razón pueden llamarse ecumenismo espiritual»[9].

Por tanto, la así llamada «espiritualidad ecuménica» tiene en la oración su punto de apoyo principal. Ya en los años sesenta decía el discípulo de Paul Couturier y gran ecumenista Maurice Villain lo siguiente: «*Nuestra preocupación por la unidad se mide por la manera como oramos por la unidad*»[10].

El punto de partida es claro: la unidad que persigue el movimiento ecuménico no llegará principalmente como un producto de nuestra inteligencia y esfuerzo humano, sino como un don de Dios; por lo que ha de ser buscada sólo en parte con nuestros medios humanos, pero sobre todo invocada en la oración.

Lo dice de forma inspirada otro de los discípulos de P. Couturier:

> «Todo es obra de Dios, absolutamente todo, desde el momento en que hablamos de las realidades de la Iglesia; por consiguiente, rezamos sencillamente porque es la obra de Dios. Debemos entender la oración como la *única realidad que permite al Señor realizar su obra*, porque la unidad es el gran don de Dios, un don que es mantenido, pero que tenemos que recibir siempre. Es preciso, pues, que tengamos las manos abiertas para recibir, que estemos a la altura espiritual en que podamos, por osmosis, por compenetración, ser impregnados de ese don de Dios. El ser de la Iglesia está hecho de la participación de la entrada en la comunicación del misterio de la unidad, del diálogo del Padre y del Hijo en la comunión del Espíritu Santo; solamente el poder divino lo realizará. Por otra parte, si la oración nos sitúa al nivel en que Dios puede actuar, no olvidemos que no se debe a nuestras fuerzas, sino que por el poder de Dios entramos en la oración. Cuando decidimos rezar, es el Señor quien ha decidido que rezáramos. Y este combate, que es la oración, no es más que el combate mismo de Dios. Recordemos

9 Cuando UR 4a enumera los diversos medios con los que «por inspiración del Espíritu Santo» se trabaja hoy por la unidad, señala la oración en primer lugar. El orden que indica es: «la oración, la palabra y la acción». Según Julián García Hernando el Concilio quiso expresar con ello una «gradación o jerarquía» de medios. Cf. *La unidad es la meta. La oración es el camino*, Atenas, Madrid 1996, 19.

10 M. Villain, *Introducción al ecumenismo*, DDB, Bilbao 1962, 63-64.

Universidad Pontificia de Salamanca

las palabras de Kierkegaard: 'La oración es un combate en el que se triunfa por el triunfo de Dios'. Sí, todo es de Dios. La oración nos sitúa, pues, a la altura de lo que Dios quiere»[11].

La cuestión es que, desde el punto de vista humano, la reunión de todos los cristianos en una sola Iglesia es algo imposible, como afirma el Concilio Vaticano II en UR 24 cuando dice: «*este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la una y única Iglesia de Cristo excede las fuerzas y la capacidad humanas*». Por eso, la unidad no puede ser sólo conseguida mediante nuestro esfuerzo, que, por otra parte, nadie puede ahorrar. Pero es justamente la imposibilidad humana la que apela a una instancia más alta, a la gracia de Dios mismo. Entonces «*la oración es el apoyo sobrenatural y la ayuda divina para nuestras debilidades*»[12] en el camino de recomposición de la unidad visible del Cuerpo de Cristo.

Como confesamos en el Credo desde los primeros siglos del cristianismo, la unidad es una de las «notas» o dimensiones constitutivas de la Iglesia. La unidad es, por tanto, parte del misterio eclesial en su más honda constitución humano-divina. Es decir, es parte del misterio de Dios revelándose y dándose a los hombres por medio de su Iglesia. Y puesto que entra en el ámbito de los dones de Dios para la salvación de los hombres, como tal, es sólo accesible mediante la fe, la gracia y la oración. Por eso, Paul Couturier, verdadero profeta y principal difusor en la Iglesia católica de la espiritualidad ecuménica, decía que la unidad no ha de ser vista en primer lugar como *problema*, sino como *misterio*. Y al misterio sólo tenemos acceso de rodillas, por lo que la oración es siempre el centro de la cuestión ecuménica[13]. Si fuese un mero problema humano tendría solución por medios humanos, sería cuestión de sentarse en una mesa a negociar y llegar a acuerdos mediante pactos. Pero no es éste el ámbito donde puede

11 P. Michalon, *La unidad de los cristianos*, Casal i Vall, Andorra 1968, 90.

12 J. García Hernando, *La unidad es la meta. La oración es el camino*, S. Pablo, Madrid 2004, 16.

13 Cf. M. Villain, *L'Abbé Couturier, Apôtre de l'unité chretienne*, Souvenirs et documents, Tournai 1957, 14.

Universidad Pontificia de Salamanca

situarse la unidad de la Iglesia. El ámbito correcto es la postración ante los designios de Dios, la adoración y la súplica.

Afirma P. Michalon:

«Desearía que se comprendiera claramente que no se trata de un problema. Un problema es una realidad, cuyos datos tenemos a la vista; podemos echarles mano, organizarlos, manipularlos para llegar a una solución. Las riquezas de la unidad plantean problemas, es evidente: problemas teológicos, pastorales, psicológicos. Pero la unidad no está constituida de hecho por esos mismos problemas; es una realidad más grande que sobrepasa todo eso. No se puede manipular con los datos de la unidad para llegar a una solución. Fácilmente comprendemos lo absurdo de una forma de pensar que dijera: bastaría con asentar de manera perentoria, por ejemplo, lo que la Iglesia católica enseña sobre el ministerio del Obispo de Roma. Es una cosa, convincente. Bastaría que los 'otros' abrieran los ojos; comprenderían la cuestión y entonces se habrían terminado las separaciones.

Cuando se trata de la obra del Señor estamos situados más allá de todos los problemas que se plantean en teología; nos encontramos al nivel de una comunión en el interior de lo que Dios nos otorga. Ahora bien, la Iglesia no existe y no vive más que 'en' y 'por' el misterio de unidad de las tres divinas Personas. Es preciso, pues que todos los cristianos vivan cada vez más en la entraña de ese misterio de las tres Personas, y que la oración por la unidad les enseñe cada vez más a unos y a otros a situarse a la altura de ese misterio.

Porque Cristo Jesús estableció la unidad de los cristianos a la altura del misterio. No podemos manipular el misterio de Dios; se le recibe en la contemplación, en un largo silencio, con una disposición del alma que se sitúa a la altura en que Dios puede comunicar su misterio. Se comprende fácilmente que sólo Dios puede situarnos a esa altura. En nuestra vida y en la de la Iglesia, la adoración será la única palanca que permitirá que la cristiandad esté en connaturalidad, en escucha, en osmosis para una mejor participación en el misterio de la unidad. Por lo tanto, en todo instante y por medio de la oración, la Iglesia puede y debe dejarse penetrar por el misterio de la unidad. Puesto que no se puede operar en el misterio de Dios, la Iglesia será siempre una Iglesia orante, para participar cada vez más de la voluntad del Señor respecto a la unidad»[14].

14 P. Michalon, *La unidad de los cristianos*, 91-92.

Universidad Pontificia de Salamanca

Esta visión del carácter mistérico de la unidad nos remite entonces a los orígenes de la Iglesia, y a la doctrina y comprensión de la unidad que los Santos Padres expresaron en los primeros siglos. Ellos nos hablan de la unidad de la Iglesia como de un *misterio* que tiene su último fundamento en la unidad de las personas trinitarias, el misterio divino por excelencia. S. Cipriano, comentando el «Padrenuestro», define a la Iglesia como el pueblo que es «*uno con la unidad que no cesa nunca de aumentar, y que se nutre siempre de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*»[15]. Para san Hilario de Poitiers «*somos todos uno porque el Padre está en el Hijo*»; en la unidad de las personas divinas se enraíza la unidad de la Iglesia, por la que debemos «*proclamar el misterio de una unidad verdadera y natural*» entre nosotros[16].

Pero si vamos más al fondo del origen de la Iglesia sabemos que esta forma de ver la unidad eclesial no la inventaron los Santos Padres. Es el testimonio evangélico el que nos dice que así lo expresó Cristo en su oración sacerdotal, oración suprema y definitiva antes de su muerte: «*Padre, que todos sean uno, como tú en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros*» (Jn 17, 21). En estas palabras de Jesús tiene su última explicación el carácter mistérico del fundamento de la unidad de la Iglesia. En la unidad trinitaria, en el corazón del misterio divino, que es un solo Dios en la diversidad de las Personas, allí encuentra la Iglesia el porqué ella es también *Iglesia una* en medio de su diversidad.

Y puesto que, según la Revelación y la teología, el Espíritu Santo es en el seno de la Trinidad el «vínculum unitatis», a él corresponde el papel principal en la unidad de los miembros del Cuerpo de Cristo. La «Iglesia una» es obra tanto de Cristo como del Espíritu, tal como se reveló ya en el día de Pentecostés. La efusión pentecostal del Espíritu por parte de Cristo resucitado como momento constituyente de la Iglesia revela a ésta como «una en la diversidad» de pueblos, lenguas y culturas. Porque el texto no dice que todos los venidos a Jerusalén hablaban de repente la misma lengua, sino que entendían el anuncio del Evangelio, «*cada uno en su propia lengua*» (Hech 2, 6). Comenta, por ello, san Agustín que

15 S. Cipriano, *De oratione dominica*, XXIII, PL 4, 536.
16 S. Hilario de Poitires, *De Trinitate*, PL 10, 243, 244, 249.

Universidad Pontificia de Salamanca

la Iglesia es: «*la sociedad del Espíritu, que en el Espíritu se une*»[17]. Ella no existe ni se sostiene sin la unión permanente a quien le da la vida y su unidad, el Espíritu Santo: «*un solo cuerpo y un solo Espíritu, como habéis sido llamados a una sola esperanza, la de vuestra vocación*» (Ef 4, 4). Esta doctrina la expresó de forma admirable un texto de san Ireneo de Lyon, primer gran sistematizador de la doctrina cristiana: «*allí donde está la Iglesia está también el Espíritu de Dios; y allí donde está el Espíritu de Dios está la Iglesia y toda la gracia, y el Espíritu es la verdad*»[18].

La unidad de los discípulos de Cristo, es, por tanto, un don de Dios al constituir su Iglesia mediante el envío del Hijo y la efusión del Espíritu. No es una conquista humana, sino un carisma divino inamisible, dado para siempre a la Iglesia con anterioridad a nuestros esfuerzos. Si ella no puede desaparecer en la historia, sino que permanecerá hasta el final, pues «*las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*» (Mt 16, 18), quiere decir que nosotros no podemos ni crear ni destruir la «Iglesia una» del Señor. Podemos, eso sí, oscurecer, empañar, ocultar su unidad visible y plena con nuestros pecados y divisiones. Pero antes que un problema actual, la unidad es *una realidad constitutiva de la Iglesia* que nunca ha desaparecido, pues el don de Dios y su fidelidad es mayor que nuestros pecados. De ahí la doctrina del «subsistit in» de LG 8, donde aparece claro que por la subsistencia de la Iglesia de Cristo en la Iglesia católica la «Iglesia una» es un sujeto histórico que nunca ha dejado de existir a pesar de nuestras divisiones confesionales.

La unidad eclesial es, por tanto, *misterio que siempre nos desborda*, pues tiene que ver directamente con el ser y la acción de Dios en el mundo revelándose en el misterio de su Trinidad salvadora. Lo dice de forma contundente UR 2: «*este es el misterio sagrado de la unidad de la Iglesia, en Cristo y por Cristo, obrando el Espíritu Santo la variedad de funciones. El modelo y principio supremo de este misterio es la unidad de*

17 S. Agustín, *Sermón 71*, PL 38, 462.

18 S. Ireneo de Lyon, *Adv. Haer*. PG 3, 24; 7, 966. De ahí la afirmación de UR 2: «El Espíritu Santo que habita en los creyentes, y llena y gobierna a toda la Iglesia, realiza esa admirable comunión de fieles y une a todos en Cristo tan íntimamente que es el principio de la unidad de la Iglesia».

Universidad Pontificia de Salamanca

un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas».

3. Testimonios de la vida monástica

Si tal es la naturaleza de la unidad eclesial, y la oración es el mejor medio que nos introduce en el misterio de dicha unidad, corresponde un papel excepcional a los contemplativos en la tarea de reconciliación de los cristianos. Los ámbitos monásticos de todas las Confesiones tienen por eso una responsabilidad propia en el camino del ecumenismo. El papa Juan Pablo II, en la Exhortación apostólica *Vita consecrata*, en 1996, hacía esta constatación:

> «Los monasterios han sido y siguen siendo, en el corazón de la Iglesia y del mundo, un signo elocuente de comunión, un lugar acogedor para quienes buscan a Dios y las cosas del espíritu, escuelas de fe y verdaderos laboratorios de estudio, de diálogo y de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena, en espera de aquella celestial» (n. 6).

Y también lanzaba una llamada muy directa:

> «Confío particularmente a los monasterios de vida contemplativa el ecumenismo espiritual de la oración, de la conversión del corazón y de la caridad. A este respecto les invito a que se hagan presentes allí donde viven comunidades cristianas de diversas confesiones, para que su total entrega a lo 'único necesario' (cf. Lc 10, 42), al culto de Dios y a la intercesión por la salvación del mundo, junto con su testimonio de vida evangélica según el propio carisma, sean para todos un estímulo a vivir, a imagen de la Trinidad, en la unidad que Jesús ha querido y ha suplicado al Padre para todos sus discípulos» (n. 101).

Para ilustrar cómo en la vida monástica se cultiva la espiritualidad ecuménica de forma propia tomamos el ejemplo de tres testimonios, dos católicos y uno ortodoxo: el de Cary Elwes, monje benedictino, Matta el Maskine, monje copto-ortodoxo y Thomas Merton, monje católico trapense.

Dom Cary Elwees, monje benedictino inglés, nos ofrece una idea del papel verdaderamente excepcional que corresponde a los contemplativos, llamados por vocación de modo muy concreto a la oración, en la tarea de la reconciliación de los cristianos. Así lo manifestaba al contar la respuesta que le

Universidad Pontificia de Salamanca

dio uno de los monjes de la Abadía de Ampleforth como fruto de una encuesta realizada en los ambientes monásticos:

> «Muchos de nosotros consideramos que la actividad ecuménica por excelencia en el monje consiste en ofrecer su vida monástica cotidiana como intercesión para la unidad de los cristianos. Teniendo en cuenta la amplitud y complejidad del problema que hay que asumir, es grande el trabajo a que somos llamados. Está en la dirección en que señala Möhler cuando decía que el trabajo de la reunión de los cristianos lo llevarían a cabo, ante todo, los contemplativos, ya que excede los poderes del hombre y necesita nada menos que la intervención del mismo Dios, cosa que sólo puede obtener la oración»[19].

Una voz de Egipto, de la Iglesia copta, nos llega en la persona del monje Matta el Maskine, del monasterio de S. Macario[20]. En una de sus obras, titulada «La unidad cristiana», el monje egipcio afirma que cuando hablamos de la unidad de la Iglesia la primacía la tiene la vida espiritual y la fe. Es de notar que en su escrito todas las citas proceden de la Escritura, de forma exclusiva. Es el único punto de apoyo para todas sus argumentaciones; no hay cita de otro libro. Para él es claro que en este ámbito lo que está en juego es ante todo la verdad de la fe:

> «Porque el cristiano busca a Dios, busca la unidad; él la siente presente en su alma en la medida que él experimenta la presencia de Dios. La unidad cristiana es, pues, por excelencia una exigencia de la fe; la buscamos porque nos interpela en lo más profundo de nosotros mismos … En su esencia la unidad es engendrada por la madurez de la fe y por una plenitud espiritual que desborda las barreras del odio, las divergencias de pensamiento, las disensiones del alma, los artificios de la inteligencia y las preocupaciones de la carne. Buscada en el plano divino, la unidad de los hombres es un ideal que sobrepasa las fuerzas humanas. Por el contrario, ella surge como una necesidad, como una consecuencia inevitable y directa de la unión del hombre con Dios … El primero de los mandamientos dice: 'amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu', y el segundo: 'amarás a tu prójimo como a ti

19 *Monastic Studies*, (5), 1968.

20 La voz de un monje de Oriente es muy significativa, pues como dice V. Codina, «Oriente nos ofrece un camino espiritual de excepcional riqueza», en: V. Codina, *Los caminos del Oriente cristiano. Iniciación a la teología oriental*, Sal Terrae, Santander 1997, 8.

Universidad Pontificia de Salamanca

mismo'. La Escritura afirma aquí que el segundo mandamiento procede del primero. Es de él de quien procede. El segundo sin el primero no tendría ningún valor»[21].

Porque esto es así, el monje muestra la contradicción que supone querer progresar en el ecumenismo sin progreso en la vida cristiana:

> «Así pues, la insistencia que se pone para pedir la unidad en la época actual, mientras que las Iglesias se quejan del hundimiento de la fe en los corazones de los pastores y los fieles, de la debilidad de la vida espiritual, y del rechazo de los jóvenes de consagrar su vida al Señor, nos lleva a preguntarnos: ¿cuáles son los motivos por los cuales la insistencia sobre la unidad ha tomado esta forma tan invadente? Si hubiera un verdadero renacimiento espiritual, un celo ardiente por la fe, la unidad hubiera tomado la forma de una vuelta personal y colectiva hacia Dios, de un movimiento impetuoso de conversión, de arrepentimiento y de contricción … Pero tanta insistencia sobre la búsqueda de la unidad, mientras nos encontramos en una tal tibieza y en una deserción tan manifiesta, mientras que en la práctica nos hemos separado y alejado abiertamente de Dios, esto lleva a esta interrogación acusadora: ¿de dónde viene un tal entusiasmo?».

Ante esta constatación denuncia el engaño de creer que el camino hacia la unidad de los cristianos pueda progresar por formas de una mayor o menor cordialidad humana en las relaciones. Si no hay un crecimiento de madurez cristiana, el que se da cuando se busca a Dios como lo primero, se cae en trampas sutiles:

> «La unidad debe ser buscada por el espíritu sin ninguna ingerencia de la carne o de la afectividad … La satisfacción de la afectividad, incluso cuando parece justa y bella sobre todo en espiritualidad, es sin embargo incapaz de responder a las exigencias de la verdad, pues la verdad, en definitiva, anula la afectividad: 'Los que están en la carne no pueden complacer a Dios' (Rom 8, 8)».

21 Matta el Maskine (Mateo el pobre), *L'unitè chrétienne*, Monastère de Saint Macaire au desert de Scete Wadi el Natroum (Égypte), publicado por primera vez en el boletín *Vers l'Unitè chrétienne* (Paris 1969). Partimos de la traducción al francés enteramente revisada y publicada en *Irénikon* (1985) 338-350. Traducción al español nuestra.

Universidad Pontificia de Salamanca

El peligro que él ve es que a pesar de lo bueno de la afectividad, aunque la carne se someta al espíritu,

> «no es más que un artificio para tomar prestados los valores de él y explotarlos en beneficio de la gloria del *yo*. … Si la unidad de los hombres se basa en la afectividad, no puede servir más que para la gloria del hombre, la exaltación del *yo* humano; Dios, de pasada, se convierte en un valor sobreañadido al hombre. Las deliberaciones y negociaciones se transforman entonces en una especie de intento –serio– para encontrar un lenguaje común que sirva para el diálogo entre los *hombres de Babel*, con el fin de reemprender la reconstrucción de la torre celeste. El *yo* es en efecto la fuente de la división que reina en el mundo entero y, de forma especial, en la Iglesia. Dios pide la unidad de los hombres de forma que sea *él* la cabeza: 'que sean uno en nosotros' (Jn 17, 21). La unidad divina de los hombres equivale, pues, al despojarse el hombre de su *yo* individual y colectivo».

Más adelante, con palabras que pueden sonar duras, explica porqué cree que no sirve lo afectivo en el camino espiritual de la unidad:

> «La afectividad es la forma más engañosa del *yo* porque es la más próxima al espíritu». Si los que dialogan tratan de complacerse mutuamente al final no está Dios en el centro ni según el orden de la Escritura: primero amar a Dios y luego en él al prójimo. «La unión no es una condescendencia afectiva sino más bien una ascensión exenta de sentimientos personales egóticos; una ascensión que no se opera a partir de mí ni en medio de mí; es una atracción más que un esfuerzo, para encontrarnos junto a Dios y no junto a nosotros mismos: 'nadie puede venir a mí si el Padre no lo atrae' (Jn 6, 44). Ahora bien, el camino de la unión a Dios no es una vía de sentido único … No, a la vuelta ella encamina hacia el prójimo, el extranjero, el enemigo, y hacia toda la creación … Este camino que lleva a Dios y que vuelve a él se encuentra en el corazón del hombre. Si la unidad cristiana no está todavía realizada es: a) porque el hombre la busca antes de abandonar todo su corazón, toda su alma y todo su espíritu a Dios; b) porque la busca fuera de sí mismo, es decir, trata de realizarla de manera objetiva y no interior … Buscar la unidad fuera de sí es lanzarse al dominio de lo objetivo y de las especulaciones».

Este *camino interior* es para él el único que podrá crear una unidad que es sólida y que no está a merced de las opiniones, los afectos o las diversas doctrinas. Todo ello porque

Universidad Pontificia de Salamanca

«la unidad no es un *objeto* que pueda ser examinado desde fuera de forma sólo teórica; la unidad es inicialmente una realidad divina y, por consiguiente, una verdad; ahora bien, la verdad divina no tiene ángulos cambiantes ni 'la sombra de una variación' (Sant 1, 17). Es vista por todos en su totalidad, de una sola vez, porque es simple. No se la puede ver fuera de Dios o sin él … Cuando Dios habita el corazón del hombre y se manifiesta allí, el corazón se llena de los atributos de Dios y capta la unidad en su profundidad y en su verdad».

Su profunda lógica es que, puesto que la unidad es un deseo de Dios expresado por Jesús en su oración sacerdotal ante la muerte, es el corazón que se sumerge en la vida de Cristo el único que la puede contemplar y realizar, porque la unidad está en la vida íntima de Dios. Y por eso, en la medida que entramos en las relaciones intra-trinitarias de Dios, en esa medida podemos realizar la unidad. Lo demás, que él llama «realizaciones objetivas» o «método racional» es una ilusión, porque la unidad no es una ciencia sometida al conocimiento de lo falso y lo verdadero. Tiene más bien que ver con lo que pasó a los discípulos de Emaus cuando ardían sus corazones y entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. No es que el monje egipcio niegue el poder de la razón para la persona humana «puesto que la razón hace ver a los hombres sus faltas y las corrige». Pero esto es «útil para poco». En cambio,

«la unidad es la obra del alma mediante la síntesis y el recogimiento de sus fuerzas. Esto es una actividad del espíritu. El espíritu repone y perdona, ama y unifica. La unidad sobrepasa las capacidades de la razón. Todo lo que podría hacer la razón es comprenderla una vez realizada; pero ella no sabría captar de antemano el 'como' de su realización: 'La llegada del reino de Dios no se deja observar' (Lc 17, 20)».

Es, pues, en este nivel de la verdadera mística, de la unión con Dios, donde según el monje copto se puede crear en el interior del cristiano la unidad:

«La unidad sin la presencia divina no es más que una idea, un objeto o deseos, pero en la presencia de Dios la unidad se hace real y visible, desbordante y vivida, de suerte que muchos ya la viven. Cuando Cristo se hace presente en medio de la comunidad en conflicto, la controversia debe cesar, y cada uno debe comenzar a llenar sus ojos y su corazón de la unidad verdadera y preparar su ser, todo entero, a recibir la unidad y a darla».

Universidad Pontificia de Salamanca

A la luz de esta su doctrina, le parece que si una cuestión teológica no tiene solución es porque el Señor no se ha hecho presente en medio de esa asamblea, con lo que debe revisarse el fin de la reunión, el método de la búsqueda y las intenciones de los participantes. Aquí está, para él, la prueba de fuego para el diálogo teológico. La unidad vendrá cuando nos libremos del «yo» individual y eclesial, «en el nivel del consciente y del subconsciente». Pero de ese yo con sus particularidades tradicionales, ideológicas, canónicas y sagradas el hombre no se puede librar por sus propias fuerzas. Por eso afirma: «¡Pero cuando, en verdad, el Señor esté efectivamente presente, entonces se disipará toda autonomía humana y Cristo será 'yo en todos'!». Luego la unidad sólo se da en este nivel divino, porque «solo el Señor puede hacer 'de los dos un solo pueblo' y 'destruir las barreras que los separaban' (Ef 2, 14)».

Como vemos, para *Mateo el pobre* no vale buscar la unidad en un espíritu de coalición, para hacerse más fuertes; ni vale invitar a una Iglesia débil o perseguida a unirse a la que es fuerte para tener más seguridades, eso es ponerla en una tentación.

> «Si la unidad cristiana se alía a la idea de fuerza temporal, incluso aunque sea para asegurar los intereses de los débiles, o si ella se muestra útil para hacer presión sobre las ovejas descarriadas, pierde de golpe su valor divino; entonces no es más que un conjunto de coaliciones abocadas a la desintegración, y después a la desaparición, como toda empresa temporal edificada por el hombre. Queremos y pedimos a Dios para las Iglesias una unidad divina en su apariencia y en su esencia; una unidad que desborda el tiempo».

En la misma concordancia de ideas se expresa, por último, un monje cisterciense occidental, es Thomas Merton:

> «Si uno en mí los pensamientos y la piedad de los cristianos de Oriente y Occidente, de los Padres griegos y latinos, de los místicos rusos o españoles, preparo en mi alma la reunión de los cristianos separados. De esta unidad secreta y muda puede salir fácilmente una unidad visible y manifiesta de todos

Universidad Pontificia de Salamanca

los hermanos divididos... Tenemos que englobar en nosotros todos los mundos separados y transcenderlos en Cristo»[22].

¿Y los cristianos que no son monjes o monjas contemplativas? ¿No podrán contribuir con una aportación de oración y espiritualidad de la unidad por ser laicos, religiosos de vida activa o ministros ordenados? A la vista de estos testimonios, podemos ver el acierto de la propuesta original y novedosa que presentó el sacerdote Couturier para poder hacer partícipes de la espiritualidad ecuménica a todos los miembros de la Iglesia. Se trata de su idea del «*monasterio invisible*». No es casualidad que el ecumenismo aspire, según el pensamiento de Paul Couturier, a tejer a lo largo y ancho del mundo una malla o red de oración que, según él, puede llamarse un «*inmenso monasterio invisible*», constituido por cristianos que oran y viven por la unidad; algo así como un inmenso templo donde resuena constantemente la oración de Cristo al Padre: 'que todos sean uno'[23]. Es esta plegaria la que sustenta y hace avanzar el ecumenismo, puesto que, en palabras del cardenal Javierre «tiene más de 'Via Crucis' que de marcha triunfal»[24].

Por todas las Iglesias ha sido reconocido que el Espíritu Santo es quien alienta todo el movimiento ecuménico. Cuando nos dejamos llevar de sus mociones sentimos que él actúa en nuestra oración en el momento en que nos juntamos para orar por la unidad. El teólogo J. Danielou se hace eco de una experiencia muy común:

> «Sentimos que donde se reúnen para rezar cristianos de confesiones diferentes, el Espíritu Santo sopla de una manera particular. ¡Cuantos de nosotros hemos descubierto así que entonces se manifestaba la presencia de Dios con una alegría espiritual y una efusión de gracias intensa! De esas oraciones en común salimos mejores, con pena de no reunirnos más veces. La presencia de los hermanos separados añade yo no sé qué a la dilatación de la caridad. Esto, que es extraordinario,

22 Thomas Merton, *Réflexions d´un spectateur coupable*, Paris 1970, 20.

23 Sobre la doctrina del «monasterio invisible», de P. Couturier, cf. J. García Hernando, *op. cit.*, 109-129. Cf. también Paul Evdokimov, *Las edades de la vida espiritual. De los padres del desierto a nuestros días*, Sígueme, Salamanca 2003: 14 «El monacato interiorizado», 135-155.

24 A. M. Javierre, *Promoción conciliar del diálogo ecuménico*, Cristiandad, Madrid 1966, 189.

Universidad Pontificia de Salamanca

es el signo de que es para nosotros más importante que todo, y nos hace pensar que hemos empezado una aventura que no sabemos dónde acabará, pero que estamos seguros que tiene una significación esencial y ejemplar. Por eso, lo que llamamos acercamiento de los cristianos, con todos los problemas que plantea, todos los peligros y dificultades que puede presentar, es una de las realidades más importantes, no sólo del cristianismo, sino del mundo contemporáneo. Es la condición para que podamos responder juntos a la llamada que se nos hace: dar a Cristo al mundo que le espera, romper todo lo que nos impida dar este testimonio de verdad»[25].

El papa Juan Pablo II estaba convencido de que el ecumenismo es una de las realidades más importantes, no solamente de la historia de las relaciones intereclesiales y de las relaciones interreligiosas, sino de las relaciones de la Iglesia con el mundo actual. Así lo expresó en su peregrinación a los países escandinavos cuando dijo que el ecumenismo es el gran don de gracia de Dios a la humanidad en los últimos tiempos. Porque es claro que sin el testimonio de la unidad de los cristianos difícilmente es creíble el mensaje de conversión y la acogida del evangelio de Cristo salvador. Y por eso señaló con claridad la primacía de la oración en su carta encíclica sobre el ecumenismo:

«Cuando los cristianos rezan juntos la meta de la unidad aparece más cercana ... Cristo está realmente presente en la comunión de oración; ora 'en nosotros', 'con nosotros' y 'por nosotros'. Él dirige nuestra oración en el Espíritu consolador que prometió y dio ya a su Iglesia en el cenáculo de Jerusalén, cuando la constituyó en su unidad originaria. En el camino ecuménico hacia la unidad, la primacía corresponde sin duda a la *oración común*, a la unión orante de quienes se congregan en torno a Cristo mismo. Si los cristianos, a pesar de sus divisiones, saben unirse cada vez más en oración común en torno a Cristo, crecerá en ellos la conciencia de que es menos lo que los divide que lo que los une. Si se encuentran más frecuente y asiduamente delante de Cristo en la oración, hallarán fuerza para afrontar toda la dolorosa y humana realidad de las divisiones, y de nuevo se encontrarán en aquella Comunidad de la Iglesia que Cristo forma incesantemente en el Espíritu Santo,

25 J. Danielou, «Unidad de los cristianos y conversión del mundo», en: Daniel Parker, *Hacernos testigos de la unidad*, Ed. ZIS, Madrid 1967,14.

Universidad Pontificia de Salamanca

a pesar de todas las debilidades y limitaciones humanas»[26]. Y añade más adelante: «En suma, *la comunión de oración lleva a mirar con ojos nuevos a la Iglesia y al cristianismo … La oración 'ecuménica' está al servicio de la misión cristiana y de su credibilidad*. Por eso debe estar particularmente presente en la vida de la Iglesia y en cada actividad que tenga como fin favorecer la unidad de los cristianos. Es como si nosotros debiéramos volver siempre a reunirnos en el Cenáculo del Jueves Santo, aunque nuestra presencia común en este lugar aguarda todavía su perfecto cumplimiento, hasta que, superados los obstáculos para la perfecta comunión eclesial, todos los cristianos se reúnan en la única celebración de la eucaristía»[27].

En el mismo sentido poseemos testimonios claros de otras Iglesias. Teniendo en cuenta todas estas maravillas producidas por la oración a favor de la unidad, no podemos menos de hacer nuestras las recomendaciones que daba a sus seguidores el Sínodo nacional de la Iglesia Reformada de Francia hace muchos años:

> «La preocupación de evangelizar no es separable de la preocupación por la unidad; una y otra son una única y misma obediencia al amor de Jesucristo... Rogamos a los miembros de nuestras parroquias que vivan en diálogo con miembros de otras Iglesias, en particular de la Iglesia católica y que la oración por la unidad sea uno de los actos más importantes de nuestra piedad reformada»[28].

Es fácil de ver que la causa de la unidad avanzaría con paso mucho más decidido si todas las Iglesias hiciesen la misma recomendación a sus fieles: «que la oración por la unidad sea uno de los actos más importantes de nuestra piedad cristiana».

26 Juan Pablo II, Carta Encíclica «*Ut unum sint*», S. Pablo, Madrid 1995, n. 22, pp. 32-33.

27 Juan Pablo II, UUS, n. 23, p. 34.

28 *Boletín de Información de la Iglesia Reformada Francesa*, octubre-diciembre, 1963.

Universidad Pontificia de Salamanca

4. La oración por la unidad según los modelos de unidad eclesial

Una vez establecida la preeminencia del ecumenismo espiritual en el camino hacia la unidad, hay que tener en cuenta la contribución del mismo a la espinosa cuestión de por qué clase de unidad pedimos. Esto que parece obvio no es tan sencillo. El problema es que los cristianos de las diversas Confesiones tenemos diversos modelos o modos de concebir la unidad de la Iglesia. Por eso podemos decir que la cuestión de más relevancia, que está en el centro del problema ecuménico hoy, es la eclesiología de cada Confesión. No se trata de federar Iglesias al servicio de acciones caritativas o sociales comunes. Se trata de ser, sentir y obrar como la única Iglesia de Cristo, que vive en la plena unidad y la plena comunión; lo cual no significa «uniformidad» sino llegar a una unidad de orden superior. El ecumenismo espiritual, al que estuvo siempre atento el P. Congar, nos lleva inexorablemente al planteamiento del *modelo de unidad*. Dice Yves Congar en una de sus primeras obras de tema ecuménico:

> «El punto al cual debe arribar el movimiento de reunión es la unidad católica, es decir, la unidad de la plenitud. Se trata de la integración en la *Una Catholica*, la cual es una y única no por pobreza y aislamiento … sino por plenitud y totalidad, porque, vivificada por el Espíritu de Dios, llena como Él el mundo. En el término final tenemos, pues, una Iglesia que, lejos de escamotear ninguna aspiración pura, ningún valor real, los asume todos y a todos les da respuesta, porque es el cuerpo de Aquel que, poseyendo en sí la plenitud, puede por lo mismo 'llenarlo todo en todos'. Este es el misterio propio de esta unidad perfecta que es al tiempo católica y que puede, por tanto, asumir sin división la diversidad en una unidad sin monotonía; en ella, una única adhesión, principio de comunión, encuentra las aplicaciones y las expresiones más diversas, porque es adhesión a una unidad que, en su substancia propia, es universal, católica»[29].

En el camino hacia esta meta, poco a poco todas las Iglesias vamos viendo (sobre todo en el campo protestante) que la unidad de la Iglesia de Cristo no puede ser una mera unidad

29 Y. Mª. Congar, *Cristianos desunidos. Principios de un «ecumenismo» católico*, Verbo divino, Estella 1967, 371. Original de 1937.

Universidad Pontificia de Salamanca

invisible y espiritual, y que la unidad plena, querida por el Señor Jesús, pasa por los elementos institucionales, apostólicos y sacramentales que conforman la Iglesia.

> «Durante mucho tiempo, *dice un protestante seglar*, se tuvo por bien visto en nuestras Iglesias suprimir de hecho el problema que plantea la manifestación práctica de la unidad, declarando simplemente que pertenecemos a la 'Iglesia invisible'. La expresión es elegante y cómoda, pero, ¿es bíblica? ¿no se usa para tapar todas las dificultades, que son muy reales, de una vida real de unidad? Pero el mundo, ¿cómo puede ver la señal de Jesucristo, Señor, si el carácter propio de la unidad ha de ser invisible? Es cierto que las realidades de la vida espiritual son invisibles en esencia, pero tienen que ser visibles por sus efectos ante una mirada limpia de prejuicios. Esta cómoda alusión a la Iglesia invisible presenta además, el peligro de la evasión y la fantasía»[30].

También el teólogo calvinista Karl Barth subrayaba con fuerza que la unidad debe manifestarse visiblemente:

> «Si la encarnación tiene por consecuencia inmediata la aparición de la Iglesia, la existencia de esa Iglesia ha de manifestarse necesariamente de una manera visible y concreta. Es verdad que la vida de la Iglesia, la vida de los hijos de Dios, tiene también un aspecto invisible y oculto, como la encarnación de la Palabra eterna sigue siendo un misterio y una piedra de tropiezo... y, sin embargo, no deja por ello de ser una realidad visible y sensible; se puede ver algo de la unidad de los hijos de Dios en su actitud comunitaria... habrá, pues, que buscar la Iglesia igualmente en las cosas temporales, visibles, experimentales e inteligibles»[31].

La citada encíclica de Juan Pablo II subraya que la oración y el diálogo son los instrumentos principales que los cristianos tenemos para buscar la unidad, pues además ambos medios están íntimamente relacionados: «Cuando los cristianos rezan juntos la meta de la unidad aparece más cercana. La larga historia de los cristianos marcada por múltiples divisiones parece recomponerse, tendiendo a la fuente de su unidad que es Jesucristo ... En el camino ecuménico hacia

30 Daniel Parker, *Hacernos testigos de la unidad*, Ed. ZIS, Madrid 1967, 70.

31 Karl Barth, *Dogmática*, citado en: F. Gonín, *La Unidad de las Iglesias*, 38.

Universidad Pontificia de Salamanca

la unidad la primacía corresponde sin duda a la *oración común*»[32]. Y también: «Existe una correlación entre oración y diálogo. Una oración más profunda y consciente hace el diálogo más rico en frutos. Si por una parte la oración es la condición para el diálogo, por otra llega a ser, de forma cada vez más madura, su fruto»[33].

Si nos preguntamos entonces como orar de la mejor forma posible para llegar a una unidad que sea aceptada por todas las Iglesias, sin que ninguna se sienta desplazada ni olvidada, debemos recurrir de nuevo al método de oración que nos ofreció Paul Couturier, que supone una teología de la unidad: orar para ponerse de lleno en el camino de *la voluntad de Dios para su Iglesia*. Esto que parece una obviedad, no lo es, pues significa que todos los cristianos oramos en la misma dirección, no cada uno tirando hacia su Confesión, no para decir a Dios lo que tiene que hacer, como si fuésemos sus consejeros. Aunque Couturier haya sido incomprendido, este método es más profundo y más eficaz de lo que parece, porque se corresponde con la teología de la unidad como don.

> «Cuando el abate Couturier decía: 'Señor, la unidad de tu Iglesia, tal como tú la quieres, por los medios que tú quieres, y a la hora que tú quieres', no encomiaba ningún camino fácil, porque se trata de un abandono en la voluntad del Padre. ¿Los medios? No los conocemos. En la Iglesia católica no se ha captado el pensamiento del Padre Couturier. Se le ha acusado de haber querido ser hábil: al no atreverse a decir a los protestantes y a los demás que nosotros debíamos señalarles el camino, había adoptado una fórmula amable, que no significa nada en absoluto: 'La unidad, Señor, que tú quieras y por los caminos que quieras'. Otros le han acusado de falta de fidelidad a la Iglesia, al hablar de esa forma. Los que así lo juzgan no han profundizado en el problema de la oración, y no han visto claramente lo que significan, en el Padre nuestro, esas palabras que ellos pronuncian diariamente: 'Hágase tu voluntad', ni lo que quiere decir la Iglesia diariamente en su liturgia: 'Según tu voluntad, dígnate darle la paz y la unidad'»[34].

¿Quién puede orar por la unidad y cómo? La respuesta es muy sencilla: todos los cristianos podemos y debemos

32 UUS 22.
33 UUS 33.
34 P. Michalon, *La unidad de los cristianos*, 92-93.

Universidad Pontificia de Salamanca

hacerlo, en cualquier situación de nuestra vida. El cómo orar nos lo describe muy bien Pièrre Michalon evocando a Paul Couturier:

> «El fondo de la cuestión es llegar a promover una oración ecuménica en todos los grupos cristianos, una oración eco de nuestro íntimo sufrimiento por el horrible pecado de la desunión. Todos hemos pecado. Todos debemos humillarnos, orar sin descanso y pedir incansablemente el milagro de la total unión. Ciertamente que nosotros no lo veremos, pero nuestro deber urgente es prepararla, por lejana que esté; a todos espera la oración unánime de todos los grupos cristianos para que Cristo los reúna, cuando y como quiera»[35].

De otro modo, y en forma de relato vivencial, lo dice Julián García Hernando:

> «Regresábamos hace años con un grupo de 'Misioneras de la Unidad' de un Congreso Interconfesional de Religiosas que habíamos celebrado en aquella ocasión en un convento de monjas anglicanas llamadas 'Hermanas de la Caridad' (Sisters of Charity), de Bristol. Nos hallábamos en otro monasterio anglicano de carmelitas en las cercanías de Oxford. La conversación discurría sabrosa. Comentábamos la celebración del Congreso, en el que habían participado religiosas católicas, ortodoxas, anglicanas, luteranas y reformadas en un ambiente de paz y de profunda fraternidad. La conversación discurría, como era natural, por la temática del ecumenismo. Entre los miembros de la comunidad que estábamos visitando había una religiosa, ya anciana, sentada en una silla de ruedas. Seguía con los ojos encendidos el diálogo. En un momento determinado intervino y, sin duda, dijo lo más importante del mismo: *Yo estoy sumamente contenta a pesar de que ya no puedo hacer prácticamente nada a favor de la unidad excepto orar. Y mi oración constante, que repito muchísimas veces al día, es ésta: 'Que todos sean uno, que todos sean uno…'* »[36].

Estas inquietudes de oración y la necesidad de vivir una espiritualidad ecuménica siguen hoy muy presentes en el movimiento por la unidad. Las Iglesias cristianas de Europa, reunidas en la ciudad rumana de Sibiu, en septiembre de

35 P. Michalon, *Ecumenismo Espiritual*, 19.

36 Julián G. Hernando, *La unidad es la meta, la oración es el camino*, S. Pablo, Madrid 2004, 105-106.

Universidad Pontificia de Salamanca

2007, celebrando la Tercera Asamblea Ecuménica de Iglesias de Europa, enviaban un mensaje final en el cual se dice:

> «La luz de Cristo nos lleva a vivir para los demás y en comunión el uno con el otro. Nuestro testimonio de esperanza y de unidad para Europa y para el mundo sólo será creíble si continuamos nuestro trayecto hacia la unidad visible. Unidad no es uniformidad. Encontramos un enorme valor en experimentar de nuevo la *koinonía* e intercambiar los dones espirituales que han dinamizado el movimiento ecuménico desde su comienzo.
>
> (…) Nuestra espiritualidad cristiana es un precioso tesoro: una vez abierto, revela su variedad de riquezas y abre nuestros corazones a la belleza del rostro de Jesús y a la fuerza de la oración. Solamente estando cerca de nuestro Señor Jesucristo podemos estar cerca del otro y experimentar la verdadera *koinonia*. No podemos más que compartir estas riquezas con los hombres y las mujeres que buscan la luz en nuestro continente. Los hombres y mujeres espirituales comienzan con su propia conversión, que les lleva a la transformación del mundo. Nuestro testimonio de la luz de Cristo es un compromiso fiel de escuchar, vivir y compartir nuestras historias de vida y de esperanza que nos han modelado como seguidores de Cristo».

Y de ahí una primera recomendación para los cristianos europeos: «recomendamos renovar nuestra misión como creyentes individuales y como Iglesias para proclamar a Cristo como la Luz y el Salvador del mundo»[37].

5. El encuentro con la santidad en el camino hacia la unidad: conclusión

Si es verdad que el concepto «espiritualidad» deriva de «Espíritu», con mayúsculas, estamos diciendo que toda espiritualidad cristiana es un don del Espíritu Santo para la edificación del Cuerpo de Cristo[38]. Hoy nadie duda que el movimiento ecuménico es obra del Espíritu Santo, tal como se ha reconocido desde sus inicios y como lo vió el propio Concilio

37 Texto en español en: *Vida religiosa*, vol. 102, n. 6 (2007) 63-67.

38 Cf. A. Guerra, OCD, voz «Espiritualidad», en: *Diccionario teológico de la vida consagrada*, (A. Aparicio – J. Canals, dirs.), Publicaciones Claretianas, Madrid 1989, 573-594.

Universidad Pontificia de Salamanca

Vaticano II[39]. Es el Espíritu de Dios, Espíritu de santidad y de unidad el que ha suscitado en todas las Iglesias y Comunidades eclesiales un deseo de unión y de reconciliación que va más allá de una estrategia que permita defenderse mejor de los peligros del tiempo presente.

Si es el Espíritu el motor que lleva a plenitud y cumplimiento los deseos de Dios Padre manifestados en el Hijo, no hay duda de que no por casualidad en un mundo cada vez más globalizado y cercano a todos a través de los medios de comunicación esté tan presente hoy la preocupación de los cristianos por formar una sola Iglesia bajo un único pastor: Cristo Jesús, quien expresó su deseo supremo a Dios Padre antes de su muerte en la oración y súplica desgarrada por la unidad (Jn 17).

El ecumenismo tiene una base carismática, pues es don del Espíritu y un verdadero «signo de los tiempos»; lleva por caminos de santidad a quien entra en la lógica de la restauración de la unidad visible mediante la conversión, la oración, la penitencia y la reconciliación. La constatación de los frutos de una ofrenda como la de la beata Gabriela *de la unidad*, joven religiosa cisterciense que ofreció su vida por la unidad de los cristianos, nos dice que la espiritualidad ecuménica no es una bella idea o teoría, pues otras personas también han realizado la perfección de su vida cristiana fundadas en las actitudes de espíritu que requiere esta causa[40]. Nos basta mirar hacia Taizé, donde el hermano Roger Schutz hizo del camino hacia la unidad de los cristianos una de las razones más poderosas para fundar una comunidad monástica interconfesional que sembrase en los jóvenes el dolor por las divisiones cristianas y el deseo de trabajar por la reconciliación. En la regla que estructura la comunidad de monjes se dice: «No te resignes ante el escándalo de la separación de los cristianos, que, confesando todos fácilmente el amor al prójimo, permanecen sin embargo divididos. Apasiónate por la unidad del Cuerpo de Cristo»[41].

39 Cf. *Unitatis Redintegratio* 1 y 24.

40 Cf. Kervingant, M. de la T., *El monacato, lugar ecuménico. La beata María Gabriela*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1985; Monje del Císter, *Gabriela. Un alma selecta*, Studium, Madrid 1965.

41 R. Schutz, *La Regla de Taizé*, Herder, Barcelona 1968, 17.

Universidad Pontificia de Salamanca

Una espiritualidad implica la orientación concreta de los grandes ejes de la vida cristiana en función del tiempo presente y de las necesidades de la Iglesia, orientación que se da como fruto del Espíritu y supone tonos particulares, ciertas dimensiones prioritarias a la hora de vivir la fe. Porque el cristianismo parte de la experiencia de Dios vivida en una circunstancia concreta, y no de unos principios teóricos, por ello no podemos dejar de ver en la forma de vivir el Evangelio a que conduce la búsqueda de la unidad de los cristianos como una auténtica moción del Espíritu Santo que lleva a las personas y a las Iglesias a situarse en el núcleo de la fe cristiana: conversión a Dios, sencillez de vida, espíritu de reconciliación y perdón, relativización de lo secundario y centramiento en lo esencial. Y todo ello en función de la misión, pues fue precisamente en ámbito misionero donde surgió de forma decisiva la preocupación por la unidad, a la vista del daño que hacen nuestras divisiones a la predicación del Evangelio del amor.

Puesto que espiritualidad viene de Espíritu, es bueno recordar que

> «no hay voz del Espíritu que no forme parte del ambiente en que se pronuncia, como no hay ambiente donde no se pronuncie una voz del Espíritu, que se emplea 'a fondo' en todas las etapas de la historia. Quien se cierra a esos ambientes y a esas voces, ha dejado de ser espiritual para convertirse en el enfermo que ni ve ni oye ni entiende … Nuestro tiempo ha detectado la presencia del Espíritu no en unos escondrijos, sino al aire libre y extenso de la historia humana … y quien desee ser espiritual no podrá cerrase a su presencia, que siempre es impulsiva»[42].

Por eso, terminamos citando un pensamiento del que fue metropolita ortodoxo de Sibiu (Rumanía), y que tanto contribuyó al diálogo entre cristianos para alcanzar la meta deseada:

> «El Padre Couturier, cuando sentó las bases de la semana de oración por la unidad de los cristianos, decía, que, a cierta altura espiritual, las diferencias confesionales perdían fuerza, y que la santidad ignora todo acerca de la división de la Iglesia. Para dar una expresión práctica a esta idea, veneraba a los santos no católicos. Zander apoyaba esto citando al Metropolita

42 A. Guerra OCD, *op. cit.*, 580.

Universidad Pontificia de Salamanca

Eulogios: 'Me parece que san Serafín de Sarov y san Francisco de Asís y otros grandes santos, ya han realizado la unidad de la Iglesia por su vida espiritual: esos santos, ciudadanos de la Iglesia única y universal, ya han superado en las esferas celestes las divisiones confesionales; desde la cumbre de su santidad han tirado abajo los muros de separación de que hablaba el Metropolita Platón de Kiev'»[43].

Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho SCJ
Centro de Estudio Orientales y Ecuménicos Juan XXIII
Universidad Pontificia de Salamanca

SUMARIO

El ecumenismo espiritual es reconocido en el Vaticano II, en el Decreto *Unitatis Redintegratio*, como la base y el fundamento de todo intento y búsqueda de la unidad de los cristianos. Hoy son los mejores teólogos y pastores que se ocupan de la cuestión quienes lo reconocen. Pero, ¿sabemos bien a qué nos referimos con esta expresión? El artículo trata de poner claridad en los elementos que constituyen el ecumenismo espiritual cristiano. Primero se indica su necesidad, se describen sus rasgos esenciales, se aportan testimonios de la vida monástica en Oriente y Occidente, para pasar a describir qué modelo de unidad eclesial se invoca en la oración ecuménica a la luz de la feliz intuición de Paul Couturier, verdadero apóstol del ecumenismo espiritual e inspirador de los textos del Concilio al respecto. Al final se muestra como la espiritualidad que contiene el ecumenismo es un camino de santificación, probado en figuras concretas de santidad a lo largo del siglo XX.

Palabras clave: Ecumenismo espiritual, rasgos caracterizadores, vida monástica, monasterio invisible, santidad, Paul Couturier.

43 A. Plamadeala, «Contribution monastique au raprochement oecumenique», en: *Collectanea Cisterciensia* 1 (1970) 22.

Universidad Pontificia de Salamanca

SUMMARY

The Decree *Unitatis Redintegratio* of Vatican II recognizes spiritual ecumenism as the basis and foundation of every intent and search for Christian unity. Today, the best of theologians and pastors concerned with this question, recognize this. But do we really know what we refer to with the terms 'spiritual ecumenism'? The article tries to clarify the elements that constitute Christian spiritual ecumenism. Firstly, it indicates the need for it, providing important living testimonies of monastic life from East and West. Then, the model of ecclesial unity invoked in ecumenical prayer is described, in the light of the happy intuition of Paul Couturier; he is a true apostle of spiritual ecumenism and the source of inspiration of the Council´s documents in this respect. Finally, it shows how the spirituality involved in ecumenism is a way to holiness, as manifested in the holiness of concrete exemplary persons throughout the XX century.

KEYWORDS: Spiritual ecumenism, definig traits, monastic life, invisible monastery, holiness, Paul Couturier.

Universidad Pontificia de Salamanca